

MOLINA, HEBE BEATRIZ. 2011. *Como crecen los hongos: La novela argentina entre 1838-1872.* Buenos Aires: Teseo.

La emergencia del género novelesco en el sistema cultural argentino del siglo XIX es la problemática que Hebe Molina aborda en su libro *Como crecen los hongos*, un trabajo innovador no sólo por la propuesta crítica desarrollada, sino también por el procesamiento de nuevas fuentes (novelas, “novelitas” y metatextos), con las que sustenta su perspectiva. La investigadora ha sabido visualizar en las afirmaciones de Ricardo Rojas y en el relevamiento de novelas decimonónicas efectuado por Myron Lichtblau (1959), la trama hoy desdibujada de las etapas iniciales del género en el Río de la Plata. A contrapelo de las versiones propagadas en las historias de la literatura nacional de los años sesenta e incluso en emprendimientos recientes que hacen referencia al escaso cultivo del género por parte de unos pocos novelistas, Molina recrea la incesante proliferación de novelas y novelitas publicadas bajo la forma de folletines, entregas o libros antes de 1880. En la línea de indagación asumida se reconoce deudora de los valiosos aportes de Antonio Pagés Larraya, Raúl Castagnino y Félix Weinberg, así como de trabajos más actuales de Beatriz Curia y María Rosa Lojo.

El estudio examina ochenta y seis novelas correspondientes a cuarenta y tres escritores, comprendidas entre 1838 y 1872, abarcando así desde la aparición de la primera novela *Una historia*, de Miguel Cané (p.), hasta la publicación de *Martín Fierro* y la consecuente “modificación del sistema literario narrativo” [18]. A este corpus, se suma una serie de metatextos con los que Molina restituye el debate sociocultural y literario alrededor de los requisitos del género desde el punto de vista de sus propios cultores. El movimiento cultural que la investigadora devela tiene como foco la ciudad de Buenos Aires, centro editorial y de penetración de las novedades, el cual se complementa con la inclusión de algunas manifestaciones del Interior. El voluminoso material investigado remite a otra escena destacable: la extensa labor de rastreo bibliográfico de difícil consecución realizada por la autora. La cantidad de fuentes revisadas y las distintas dimensiones involucradas en el análisis planteado, configuran un trabajo abarcador que explica íntegramente el objeto que trata a lo largo de tres partes.

En la primera parte, “El nacimiento acomplejado de la novela argentina”, Molina despliega el vasto proceso a través del cual se gesta la producción novelística local. El recorrido comienza con una etapa marcada por lectura de novelas extranjeras, tal como lo prueban datos relativos a la importación entre 1820 y 1830, y los anuncios de distintas librerías en los periódicos de la época. La prosa ficcional goza de difusión pero

no de prestigio pues, como subraya, “afecta a la mirada crítica de una sociedad que pretendía ser moralista y se jactaba de ello” [39]. La redención del género en el Río de la Plata se opera a partir de la introducción de requerimientos de orden didáctico que, según observa, mantiene puntos de contacto con la evolución descrita dentro del sistema literario español. Una estricta periodización del corpus le permite a Molina localizar el nacimiento de la novela durante la proscripción del período rosista ligada a los nombres de Cané (p.), Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y José Mármol. No obstante, afirma que “no es el género preferido de la Generación del 37 como sí lo será de la del 53” [69]. En efecto, sitúa su apogeo en la etapa que se abre luego de la batalla de Caseros, invalidando con ello perspectivas críticas que minimizaron su desarrollo por esos años. Precisamente en la década de 1850, el adjetivo “original” puede apreciarse en el título de la obra para indicar que “se trata de un texto escrito por un autor local” [54]. La autora se centra en la ebullición de la actividad literaria, expresada en asociaciones intelectuales, revistas y conferencias, que se extiende desde la caída de Rosas hasta el período posterior a la batalla de Pavón. En estos espacios encuentra su lugar la novela pues las publicaciones constituyen el medio por excelencia para su publicación, y se dan a conocer nombres de autores jóvenes. Por otra parte, recupera algunas disertaciones que versaron sobre el género, destacando su papel moral. En este dinamismo, Molina repara en aspectos que atañen a la actividad editorial tales como los mecanismos de publicación, la venta por suscripción y los modos de promoción de las obras mediante el análisis de casos ejemplificadores.

La segunda parte del libro, “Poética de la novela”, indaga en las matrices de pensamiento que se conjugan en la formulación de una teoría literaria argentina, correlato de la independencia política alcanzada en 1810. A fin de poner de manifiesto el carácter original del *Curso de Bellas Letras* (1845), de López, en tanto constituye “el metatexto más interesante y sistemático”, la investigadora se sumerge en sus antecedentes considerando: a) las lecturas de retórica en uso por aquellos años en la Universidad de Buenos Aires—las obras de Hugh Blair, José Gómez Hermosilla y Antonio Gil de Zárate—; b) las enseñanzas de Diego de Alcorta, y c) los libros “nuevos” portadores de las ideas románticas sobre la literatura, consultados por los futuros escritores rioplatenses alumnos de Alcorta—tales como Alberdi, Cané López y Mármol— de forma paralela a lo ofrecido por las cátedras. Fundamentalmente se refiere a las consideraciones sobre la literatura de Madame de Staël y Victor Cousin. Con notable erudición, Molina expone en cada caso las ideas generales sobre el hecho literario y desentraña particularmente los planteamientos relativos al género novelesco. Por otra parte, destaca la impronta en la poética de López de los principios de la “literatura socialista” esbozados por los miembros de la generación del 37. De todo este bagaje asoma una constelación de notas distintivas ligadas a la novela: reproducción de la realidad en términos de idealización realista (creíble), mensaje moral, recreación del ámbito de lo privado,

función social civilizadora, expresión de la individualidad nacional, que cristalizan de manera original en el *Curso de Bellas Letras*. Otro metatexto de interés analizado es el “Prólogo” de Mitre a *Soledad*, complementario de la perspectiva de López por las observaciones de corte historicista que contiene. Allí el escritor “asigna a la novela una función civilizadora y un lugar dentro de la evolución de los pueblos (...) la etapa del progreso social” [220].

En “Carácter de la novela emergente”, la tercera y última parte del recorrido emprendido por Molina, el corpus novelesco es procesado a partir de una serie de variables que le permiten a la investigadora detectar rasgos dominantes y construir generalizaciones rigurosas a partir de casos particulares. Sistematiza las obras teniendo en cuenta diferentes criterios: cuantifica el número de escritores y escritoras, la edad predominante entre ellos, su relación con el periodismo o la política en particular y el formato de publicación (libro o folleto). Apunta también los rasgos constantes de la retórica de los peritextos, que incluye los modos de figuración del autor y las concepciones relativas a la novela, donde se manifiesta la afirmación de una poética del género. Sobre la base de recurrencias temáticas, ideológicas y axiológicas delimita cuatro tipos novelescos entre los que distribuye el corpus de obras examinadas. Las novelas históricas, respaldadas en el prestigio del discurso historiográfico, constituyen la especie más atendida por López y por ello Molina revisa la teoría y producción de dicho autor. Clasifica las obras según el pasado histórico en que sus tramas se ambientan y analiza los conflictos que exponen. En la novela política y su expresión predominante, el Ciclo de la tiranía, la autora identifica la impronta de *Amalia* en varios aspectos narratológicos de la serie. Las novelas socializadoras, aquellas que escenifican un drama moral, están impregnadas por posicionamientos ideológicos de los novelistas alrededor de problemáticas sociales de su tiempo. En ellas se distingue entre escritores anticlericales y otros que adhieren a la espiritualidad cristiana. Por último, en las novelas sentimentales –centradas en el plano estrictamente personal– Molina descubre una estructura compuesta de secuencias narrativas comunes a las que ellas se ajustan. De este exhaustivo recorrido, advierte una “valoración unánime de la familia como núcleo afectivo indispensable para la formación de las personas” [391] y el cultivo de los principios democráticos.

Finalmente, como complemento de la exposición desarrollada, la autora dispone tres anexos: uno de ellos ofrece cronología de la novela argentina, otro aporta datos sobre cada una de las obras examinadas (que incluye información sobre el autor y la publicación original, la tipología respectiva y una síntesis argumental) y otro transcribe unos peritextos de interés. Un mérito destacable reside, precisamente, en el suministro de referencias precisas acerca de las fuentes documentales que allanan futuros rastreos a los interesados en este campo de investigación.

Como crecen los hongos se convierte en una lectura obligada para un conocimiento renovado de la novela decimonónica. A lo largo de sus páginas se descubre una producción novelística fecunda, caída en el olvido. Por ello este trabajo abre nuevas líneas de investigación dentro de esta temática.

MARÍA CAROLINA SÁNCHEZ

U. Nacional de Tucumán-CONICET